

cisco habia hecho á Talloires, habia mandado reparar la ermita, y anunciado que cuando se terminaran estas reparaciones, iria él mismo á sacar el cuerpo del santo ermitaño del centro de la nave, donde reposaba, para colocarlo mas decorosamente en el altar mayor. Llegado allí hizo officiar pontificalmente al Obispo de Calcedonia y bendecir con sus manos la iglesia y el altar, permaneciendo él durante la ceremonia cerca de la antigua urna, que contenia las reliquias del santo, abismado en una profunda meditacion y como arrebatado en un delicioso éstasis. «Nunca »escepto en otra ocasion, dijo al Padre de Coëx, he sentido tantos consuelos interiores.» Concluida la Misa abrió la urna, enseñó al pueblo los huesos sagrados, é hizo tocar á ellos algunos rosarios que le presentaron; colocó las reliquias en una urna nueva y bien adornada, guarnecida por dentro de una rica tela de seda, y luego, tomando aquella preciosa carga sobre sus hombros ayudado por el Obispo de Calcedonia, la llevó en procesion alrededor de la ermita, cuya tierra regó con sus lágrimas, yendo á colocar el santo cuerpo al pié del altar (1).

Entonces, no pudiendo ya contener los sentimientos de que su corazon estaba inundado, subió al púlpito y habló durante dos horas, primero del honor que se debe á los santos y á sus reliquias, y luego en particular de las virtudes de San German, exhortando vivamente á imitarlas (2).

Habiendo pasado de la ermita á la casa del ermitaño, se sintió fuertemente inclinado á ir á terminar sus dias en aquella encantadora soledad, no pudiendo ocultar este deseo á los que le acompañaban. «Verdaderamente, dijo, he »escogido este lugar para venir á vivir en él y tomar un »poco de reposo. Si agrada á nuestro Señor, dejaré el peso »del dia y del calor á nuestro coadjutor, y entretanto, con »mi rosario y mi pluma serviré á Dios y á la Iglesia.»

(1) Carlos Aug., p. 551.

(2) Dep. del canónigo Gard, de Myncet et Dasit.—*Año Santo de la Visitacion*, 13 de julio.

Luego, abriendo una ventana del lado del norte que daba al lago y á la ciudad de Annecy, y admirando la belleza del paisaje: «¡Qué sitio tan delicioso! exclamó. Aquí »los grandes y bellos pensamientos caerán tan directa y »copiosamente sobre nosotros como las nieves que caen en »invierno.» Despues de la comida bajó á pié la montaña, y llegado á la iglesia de Talloires, donde el pueblo reunido le esperaba, subió de nuevo al púlpito, y habló del culto de los santos y de los procedimientos de canonizacion antiguo y moderno, recomendando especialmente la devocion al santo anacoreta que acababa de honrar; y sus palabras se imprimieron tan profundamente en los corazones de sus oyentes, que desde entonces acude siempre un gran concurso de pueblo á la iglesia de San German, sobre todo el lunes de Pascua y los dias de Pentecostés y Todos los Santos (1).

CAPITULO X.

Plan de retirada de Francisco.—Presentimiento de su próxima muerte, y severidad con que se trata.—Preside el capítulo de los Fuldenses.—Se detiene tres dias en Turin.—Pierde y encuentra un anillo precioso.—Su dulzura en donde se hospedaba.—Su vuelta á Annecy.

(Años 1621 y 1622.)

Antes de dejar á Talloires, Francisco dió orden al prior Mr. de Coëx de que le edificase cerca de la ermita de San German, en un agradable recinto, cinco ó seis celdas, con el fin de retirarse á este santo desierto, así que pudiera entregar al Obispo de Calcedonia el gobierno de su diócesis (2). «Cuando estemos ahí, dijo al Prior, serviremos á »Dios con el Breviario, el rosario y la pluma, gozaremos »de un santo ocio para trazar por la gloria de Dios y la

(1) Carlos Aug., p. 551.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. IV, sec. VII; p. V, sec. VI; p. X, sec. IV.

»salvacion de las almas lo que hace mas de treinta años
 »estoy dando vueltas en mi mente; de lo que me ha servido
 »en mis predicaciones, instrucciones y meditaciones par-
 »ticulares; tengo infinidad de notas, y espero que ademas
 »Dios nos inspirará. ¡Oh! quién me diera alas de paloma
 »para volar á ese sagrado desierto, y respirar un poco bajo
 »la sombra de la cruz. Allí esperaré el momento de mi
 »paso á la eternidad. *Expectabo donec veniat immutatio*
 »*mea.*» (1)

El santo Obispo tenia en efecto planes vastísimos para ocupar los ócios de su retiro. Quería primero hacer una historia de Jesucristo en cuatro libros, el primero de los cuales sería una traduccion de los cuatro Evangelios, refundidos y dispuestos segun el órden cronológico; el segundo sería la demostracion de los principales puntos de la creencia católica, con las mismas palabras de nuestro Señor referidas en el Evangelio; el tercero trataría de las virtudes cristianas y de la perfeccion evangélica, sacado de las puras máximas de Jesucristo; el cuarto, por último, sería la historia de la primitiva Iglesia, de su constitucion y santidad, conforme á las actas de los apóstoles; «y si me quedase tiempo, añadió, haria un trabajo análogo sobre las epístolas de San Pablo.» (2) Terminado esto, deseaba hacer un libro sobre el amor del prójimo, como lo habia hecho sobre el amor de Dios; y luego un tratado sobre los deberes de los párrocos, en una serie de cartas pastorales. Le espusieron que era demasiado trabajo para su edad avanzada, en atencion sobre todo al presentimiento que tenia de su próximo fin. «Es verdad, contestó, pero para ocupar la actividad de nuestro espíritu, es preciso proponerse mas trabajo del que se puede hacer, como si se hubiera de vivir largo tiempo, y no limitarse á las obras que se emprenderian si se debiera morir al día siguiente.» (3)

(1) Job. XIV

(2) Carlos Aug., p. 556.—Juan de San Francisco, p. 292.

(3) *Año Santo de la Visitacion*, 18 de junio.

Al trabajo de la composicion el santo Obispo se proponia unir la educacion de uno de sus sobrinos, Carlos Augusto de Sales, hijo de su muy amado hermano Luis de Sales, al que destinaba al estado eclesiástico. Le habia ya bendecido estando aún en el seno de su madre y habia pronunciado sobre él *algunas palabras de felices augurios*, segun el testimonio del mismo Carlos Augusto. Mas tarde, viendo aflijidos á sus padres al verle cojo por la imprudencia de la nodriza, les habia dicho, haciendo alusion al patriarca Jacob, que tenia tambien esta deformidad, que sería su amado Jacob, y que Dios reservaba á este niño, como al santo patriarca, la bendicion del cielo y de la tierra (1). El niño, despues de la muerte de su madre, habia hecho le enseñase el alfabeto una criada, y con la ayuda de estas nociones primeras, se habia formado solo en la lectura, leyendo sin descanso la *Introduccion á la vida devota*, que aprendió de memoria, casi entera, á fuerza de repetir su lectura. A la edad de ocho años fue á buscar al santo prelado llorando, y le dijo: «Tengo vergüenza de no ser digno de vos, mi querido tio: porque no sé nada absolutamente, y si no me ayudais, estoy en peligro de permanecer ignorante toda mi vida, porque mi padre está tan ocupado que no tiene lugar de pensar en mí.» Gozoso de encontrar en tan tierna edad un deseo tan grande de instruirse, su tio le colocó, de acuerdo con su padre, al lado de escelentes maestros; y el niño hizo rápidos progresos tanto en la ciencia como en la piedad. «Este niño ha nacido para alguna cosa grande, decia con frecuencia el santo Obispo, testigo de sus progresos; Dios quiere que esta rica planta sea cultivada cuidadosamente. Acordaos, mi querido niño, le dijo á él mismo, que Dios os ha escogido para ser un vaso de gracia, y que si sois fiel en seguir su llamamiento, os empleará mucho en su servicio.»

A la edad de catorce años, el joven Carlos pronunció

(1) Genes., XXVII, 28.

ante una numerosa asamblea un discurso que le valió, por parte de su tío, algunos hermosos regalos acompañados de este elogio público: «Mi sobrino ha sobrepujado mi esperanza y se ha adelantado á su edad.» A los quince años compuso un elogio de San Pablo, que movió á Francisco á estudiar mas particularmente la vocacion de este sobrino tan felizmente dotado. El hábil maestro examinó á fondo al jóven discípulo, y aseguró que si correspondia á los designios del cielo sobre él, Dios le bendiciria en el estado eclesiástico; le confirió la confirmacion y la tonsura, y dijo á Luis de Sales: «Si Dios quiere que este niño, que es hijo vuestro por la naturaleza y mio por el amor, viva largo tiempo, deseo derramar sobre su cabeza todo lo que Dios me ha hecho la gracia de derramar sobre la mia.» Se afirmó mas aún en este designio, al ver algun tiempo despues representar al jóven Carlos, en el colegio, en una tragedia el papel de un cortesano convertido que deplora el tiempo perdido en las vanidades y locuras del siglo, y reconoció claramente que el actor hablaba de lo mas íntimo de su alma, y que al detestar el mundo no hacia mas que espresar sus propias convicciones; así al bendecirle aquella noche le dijo: «Habeis hablado bien, hijo mio, cuando una vez se ha tenido la dicha de darse á Dios, sería una accion muy indigna de un hombre de honor dejar su servicio por nada del mundo.»

Tal era el jóven que el santo Obispo queria llevar consigo á la ermita de San German; y mientras llegaba este momento le llevó á su lado desde principios de 1622 para formarle en la ciencia de los santos. La dicha de este discípulo amado duró poco, pues la muerte arrebató muy pronto á su maestro; pero aprovechó tan bien las enseñanzas recibidas, que en lo sucesivo convirtió gran número de herejes, fue Obispo de Ginebra, y de acuerdo con la Madre de Chantal escribió la vida de su santo tío, la mas detallada y auténtica que tenemos.

Francisco despues de haber dado como hemos visto ya órdenes para su retiro emprendió su regreso, y atravesando

el lago de Annecy llegó al lugar de Déréé, donde residia la baronesa de Cherson. Habiendo ido ó visitarla, le dijo de repente, despues de haber cambiado algunas palabras sobre la vanidad del mundo: «Señora, nos hacemos viejos; y ya es tiempo de pensar de veras en la vida futura.—Es cierto, monseñor, contestó la piadosa señora, que soy vieja, tengo setenta y dos años y no debo pensar mas que en morir; mi muerte no causará ningun trastorno, porque soy inútil en este mundo; pero vos, monseñor, sois necesario á la Iglesia, y Dios os conservará aún largos años.—Estais en un error, señora, le contestó el santo Obispo, partiré el primero y vos me seguireis.» Lo que en efecto se realizó como lo habia predicho. (1)

Llegado á Annecy, supo que un panadero de la ciudad, Bernardo París, estaba en la agonía; va á verle al punto, le bendice haciendo sobre él la señal de la cruz, y aquella misma tarde el enfermo quedó completamente curado (2). Mientras devolvía la salud á los otros, no pensaba en sí sino para prepararse á la muerte, que conocia estaba próxima; y un dia, habiéndole preguntado el Obispo de Calcedonia, que le veia pensativo, si estaba triste: «No, contestó, no estoy ciertamente triste, sino atento á oír cuándo suena la hora de la partida.....» «Voy á hacer el exámen de mi conciencia, escribia algun tiempo ántes á la señora de Chantal (3), para una extraordinaria renovacion á que me invita Nuestro Señor, á fin de que, á medida que pasan estos años perecederos, me prepare á los eternos. Siento que mi espíritu se dirige mas puramente que nunca á Dios y á la eternidad. ¡Oh Dios! que feliz sería si un dia, al salir de la sagrada Comunión, encontrara el corazón de mi Salvador colocado en el lugar de mi pobre corazón.»

Los sufrimientos que preceden á la muerte, le adver-

(1) Carlos Aug., p. 552.

(2) Dep. de Favre.

(3) Carta CDXCV.

tian en efecto cada dia su próxima partida de este mundo. Sus piernas hinchadas, y aun abiertas por varios lados y cubiertas de llagas, no le sostenian sino con gran trabajo, y no se podia menos de sentir compasion al verle andar. Sufria tambien del pecho: «Siento aquí, decia poniendo »la mano, alguna cosa que me dice que no viviré mucho »tiempo.» (1)

A estas dos enfermedades se unian frecuentes y violentos dolores de cabeza, de hígado y de estómago, «pero, »decia, es necesario que muchos males vengan antes, para »anunciar al último de los males, que es la muerte.» *Multa mala debent precedere, ut extremum malum valeant nuntiare* (2).

Sin embargo, no alteró nada sus costumbres y trabajos, ni disminuyó ninguna de las fatigas de su ministerio; y este estado de sufrimientos no le impidió ir á Thonon á tratar un negocio importante. Cuando le instaban á que se cuidara respondia: «¿Qué importa morir pronto? Algunos »años mas ó menos no son nada.» En medio de sus dolores, conservaba siempre la misma serenidad de rostro, la misma amabilidad en su trato, el mismo rigor con su persona, hasta el punto de que quiso mejor sufrir el frio, que fué estremado á principios de 1622, que permitir le hicieran vestidos nuevos para reemplazar á los interiores, que estando muy usados, no le defendian de la dureza de la estacion (3). Esta privacion le agradaba, porque era un carácter de semejanza con Jesucristo pobre, y á la vez un medio de socorrer á mayor número de desgraciados, los cuales eran tanto mas dignos de compasion, quanto que la cosecha precedente habia sido mala, y la Saboya estaba cubierta de tropas. Habia por último en este santo Obispo una disposicion cada vez mas perfecta de sacrificarse enteramente á su deber; y habiéndole dado algunos meses

(1) Carlos Aug., p. 554.

(2) Juan de San Francisco, p. 455.

(3) Carlos Aug., p. 553.

despues Gregorio XV, la mision, por medio de un breve, de presidir en su nombre el capítulo general de los Fuldenses, que debia verificarse en Pignerol, se dispuso á partir al punto, considerando que el respeto que se debe á la Santa Sede, no permite la menor dilacion en la ejecucion de sus órdenes. En vano sus parientes y amigos le hicieron ver que su salud debilitada no le permitia hacer este viaje, sobre todo por los excesivos calores que hacian entonces (era el 22 de mayo), contentándose con decirles: «Es preciso obedecer; Dios no me ha considerado digno de »morir por la fe entre los herejes ni por la caridad entre »los apestados. ¿No sería acaso muy feliz si muriera por »obediencia? Me resta poco tiempo de vida: es preciso que »me apresure á obrar bien, y no puedo hacer nada mejor »que obedecer.» (1) Partió pues sin dilacion, y llegó en breve á donde el deber le llamaba.

El negocio que la corte de Roma le confiaba era de los mas delicados: los Fuldenses no podian avenirse sobre la eleccion de un general y sobre algunos otros puntos, y era necesario ponerlos á todos de acuerdo. Para esto escuchó con dulzura y paciencia todo lo que tenian que decirle, y dió sobre cada cosa respuestas tan razonables y sólidas, acompañadas de tanto miramiento y bondad, que todos estaban admirados (2); trataba á todos con honor y respeto; se prestaba á los menores detalles con la misma benevolencia que á los mas graves negocios; todo lo regulaba con el mismo celo; aclaraba los motivos de discusion mas embrollados, encontrando remedio para los males mas desesperados, acallando las quejas y satisfaciendo á todos los espíritus de una manera tan notable, que el hombre mas eminente de este instituto (3), hablando del modo como habia desempeñado su mision en esta ocasion, proclamaba altamente despues, «que se habia admirado en él á

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 22 de mayo.

(2) Carlos Aug., p. 554.

(3) Juan de San Francisco.